



AÑO VI.—NUM. 299

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)
MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466



de enero de 1935

El ingenioso Carlitos



Carlitos es un niño de cinco años, más salado que un real de mo-jamã. Leed esta aventura y os convenceréis

ME VOY A ECHAR UNA PARTIDA DE PELOTA CON ÉSTE TRAJE QUE ME HAN TRAI-DO LOS REYES MAGOS.



ÉSTA MAÑANA SÍ QUE ME VOYA DIVERTIR. HOY QUEDO CAMPEÓN.



¡NENE, NENE! VEN AQUÍ, QUE TE NECESITO.



MIRA, SI CONSIGUES DORMIR A ÉSTE ANGELITITO, TE DOY UNA MERIENDA.



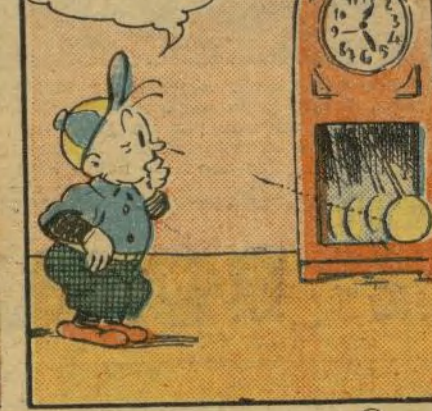
¡REPRINGUE! A ÉSTE NIÑO NO SE LE DUERME NI CANTÁNDOLE UNA ROMANZA EN RUSSO.



PENSARE UNA IDEA QUE ME SAQUE DE ÉSTE APURO. YA ME BULLE UNA IDEA.... YA...



¡YA APARECIÓ LA IDEA! DENTRO DE UNOS MINUTOS, ESTARÁ EL NENE EN EL PAÍS DE LOS SUEÑOS...



"CALLA, CORAZÓN, QUE SE TE VÁ A ROMPER UNA VENA!! AHORA VEREMOS EL RESULTADO DE MI INGENIO."



¡AY, QUÉ GRACIA TIENES! ¡Y NO SE DESPERTARÁ MI NIÑO?

NO SEÑORA, TIENE CUERDA PARA RATO



—¿USTEDES GUSTAN?
—QUE APROVECHE
—¡GRACIAS!



TEODORO DELGADO



El SECRETO DEL VIEJO CASERÓN

Resumen de lo publicado.—Desde el momento en que Sir Roger llegó a la "Posada del Buho blanco" con un saco, el misterio se cernió sobre aquél viejo caserón. Tomás, un joven huérfano que sirve en la posada, descubre dentro del saco a un hombre amorozado, que poco después huye. Tomás y Rosa, la pupila del posadero, lo esconden en un armario.



La emoción se apoderó de Tomás cuando Rosa le avisó que los de fuera volvían. Ya oía claramente el recio pisar de Sir Roger y sus compañeros sobre la arena del jardín. "¡Pronto, caballero!"—le dijo al desconocido.



Por fin, con un suspiro de alivio, cerró Tomás la puerta del armario apenas desapareció dentro el desconocido, y en aquél mismo instante irrumpían en la estancia el posadero y Sir Roger. "¿No habéis visto a nadie por aquí?"—gruñó Sir Roger.



La pregunta fué dirigida particularmente a Tomás, quien se hallaba tan alterado, que por algunos instantes quedó sin voz y sin aliento. Y en el preciso momento en que iba a contestar, el posadero se adelantó, y señalando el armario, exclamó:



"¡Mirad, está escondido dentro del armario! Su capa ha quedado cogida en la puerta!" El pobre Tomás se quedó pálido como un muerto, y el odioso Sir Roger, de un salto, se lanzó furibundo hacia él y lo apartó violentamente de la puerta.



Rosa lanzó un grito ahogado, y a Tomás dejó de latirle el corazón cuando Sir Roger echó mano al pestillo y con un relámpago de odio en sus ojos, abrió la puerta. Pero quedó como petrificado. El armario estaba vacío. El desconocido se había evaporado.



Aquél descubrimiento fué como un golpe, que dejó atónitos a Rosa y a Tomás. Sir Roger, por su parte, lanzando imprecaciones, se dirigió hacia la puerta de la posada gritando a sus hombres: "Venid todos. Vamos a registrar los alrededores. Que no se escape."



Cuando todos los hombres hubieron abandonado la estancia, Tomás pudo hablar, y dirigiéndose a Rosa, con el rostro nublado por un gesto de perplejidad, le dijo: "¿Qué extraño, Rosa! Nuestro hombre se ha evaporado. ¿Por dónde se habrá ido?"



Pero tal seguridad tenía de hallar dentro la explicación a aquel misterio, que penetró dejando a Rosa en acecho para que le avisase del regreso de Sir Roger. Porque lo hubiesen pasado mal si los hubiesen sorprendido registrando el armario.



Se alejaron, por fin, las voces de los perseguidores, y sobre el viejo caserón cayó un extraño y pesado silencio. De pronto se oyó la voz de Tomás que partía de dentro del armario: "¡Rosa, Rosa!" Y en su timbre vibraba la emoción a través de la oscuridad.

EL ROSAL CUENTO



Siempre que un niño bueno muere, baja a la tierra un ángel de Dios, toma en sus brazos el pequeño cadáver, extiende sus grandes y blancas alas, y cogiendo todas las flores que puede reunir en una de sus manos, las lleva al Señor para que allí florezcan más hermosas que en el suelo. Dios bondadoso las estrecha todas contra su seno y da a la predilecta un ósculo; a este divino contacto adquiere voz, y puede desde entonces entonar también un cántico de alabanzas al Omnipotente. Todo esto contó un ángel mientras llevaba al cielo, en sus brazos,

un niño muerto, y éste le veía como en sueños. Volaron sobre su pueblo natal, pasando por los sitios en que el niño solía jugar y atravesando jardines poblados de admirables flores. —Bien, ¿Cuáles entre tantas llevamos para plantarlas en el cielo?—preguntó el ángel. Veíase allí un alto y copudo rosal: una mano imbia lo había tronchado, y de las ramas rotas colgaban innumerables capullos medio abiertos que se habían secado. —¡Pobre rosal!—dijo el niño. Cógelos para que allí arriba reverdezca y brote. Hizolo así el ángel, besando al niño, que entreabrió sus ojos. Cogieron algunas de las ricas y lozanas flores, tomando también la despreciada salvia y la trinitaria silvestre. —Ya tenemos flores—dijo el niño. Incluyó el ángel la cabeza en señal de asentimiento; pero todavía no se elevaron hasta Dios. Era de noche y reinaba una profunda calma. Permaneciendo a vista de la gran ciudad

suspensos en el aire, revoloteaban sobre un estrecho callejón. Allí se veían amontonadas paja y ceniza, indicios de una mudanza, y esparcidos por el suelo fragmentos de platos, trozos de estatuas de yeso, trapos y estropeadas copas de sombreros viejos conjunto, en verdad, poco grato a la vista. El ángel señaló con el dedo, entre aquella confusión de objetos, unos tiestos o macetas esparcidos sobre la masa de tierra, que se había desparramado al arrojarlos al suelo; pero parte de ella quedaba aún adherida a las raíces de una gran flor campestre, que por inútil había también sido tirada a la calle. —Nos llevaremos ésta—dijo el ángel—; yo te diré por qué, mientras volemos. Remontaron su vuelo, y el ángel contó lo siguiente: —"Allá abajo, en el estrecho callejón y en un miserable sótano, vivía un pobre niño enfermo. Desde que nació estuvo siempre en cama. Cuando se aliviaba algo, apoyado en sus mule-

tas, daba la vuelta un par de veces al pequeño aposento. En algunos días del verano en que los rayos del sol, penetrando hasta el fondo del sótano, acariciaban al chicuelo con su dulce calor, éste se sentaba y ponía los descarnados dedos delante de sus ojos, para observar cómo se transparentaba en ellos la sangre. Sólo conocía el espléndido verdor del bosque en la estación florida por la primera rama de haya que le trajo el hijo de un vecino.

(Concluirá en el próximo número).



PASATIEMPOS



—¿Ha visto usted qué melocotones tan hermosos?
—¡Anda, pues eso no es nada! Los de mi pueblo, mire si serán grandes, que no entran más que ocho en la docena.

José María Lozano y Rivas tiene nueve años, vive en Torre de Juan Abad y tiene un



salero como para hacerle una estatua. Véase, como prueba de nuestro aserto, el dibujito tan requeterrebonitísimo que nos remite.

¡Vaya garbo, elegancia y gracia gitana que tiene el niño de siete años, Moisés Simón. Fíjense que casita, que montañitas,



que campito y que bonito lo ha dibujadito... Moisés Simoncito, porque cualquiera le pone en diminutivo el patronímico al pollo!



—¿Qué sabe usted de Atila?
—Que era un bárbaro.
—¿Y qué más?
—Nada más. ¿Le parece poco?

LOS VENDEDORES DE GLOBITOS



En vista de lo mal que se ponían todos los negocios, de que los tratados comerciales mataban la agricultura y el "dumping" mataba la industria, y la inestabilidad en el cambio



moda. Compraron fiado un "stock" a un fabricante checoslovaco, que tenía patentado un invento nuevo en aquel artículo, y se lanzaron a probar fortuna. Aquellos globitos presenta-



do los primeros niños compradores se pusieron a hinchar sus globitos recién comprados, fueron arrebatados por los aires, con gran espanto e ira de las mamás, que arremetieron



ladilla", cuyos miembros, así que vieron aparecer aquellas monstruosas cabezotas, tomaron las de Villadiego, dejando abandonadas sus provisiones. Pero no se llegaron a perder éstas,



mataba las especulaciones en Bolsa, para que no les matase a ellos también el hambre, Pincho y Pancho decidieron dedicarse a la venta de globitos a los niños por las playas de



ban, al hincharse, apariencias de horribles carotas, y por añadidura tenían una fuerza ascensional que era capaz de levantar en vilo a una pareja de bueyes. Y sucedió, que cuan-



furiosas contra Pincho y Pancho, a quienes no les quedó otro recurso que trepar por el acantilado buscando la fuga. En lo alto de aquel tajío estaba merendando la feliz familia de "Pe-



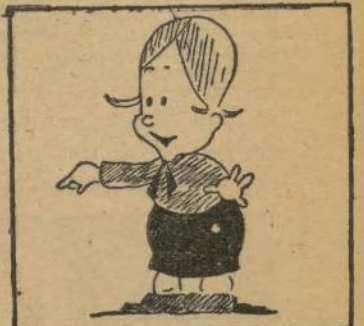
porque los aeronautas aterrizaron felizmente en aquellas latitudes; los dos vendedores se unieron a ellos, y entre todos dieron cuenta de las viandas, arreándose un banquetazo.

AMENIDADES



El avaro

—¡Repringue! Sólo he tardado en llegar media hora. Si lo sé, vengo andando.



El que diga que este Bimbete que ha pintado José Manso, el madrileñísimo, no es un una preciosidad, tendrá que vérselas con nosotros. Lo decimos para que sepan a qué atenerse los que no entiendan de dibujo.



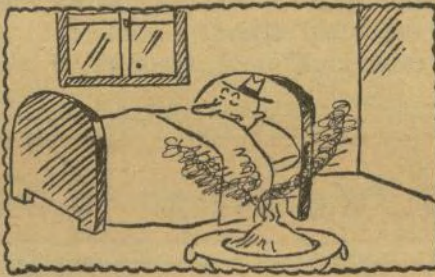
—¿Tiene algún otro bulto que traer?
—Únicamente éste que me ha hecho usted con la punta del baúl al descargarle.



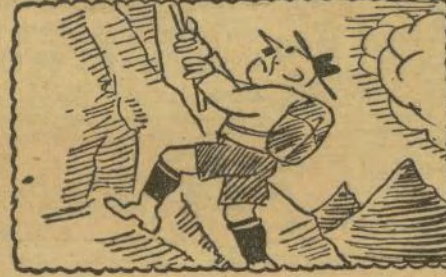
Amberto Amessi es un chico de Elorrio (Vizcaya), y ha pintado este magnífico cow-boy, terror de todos los indios con o sin gafas; es igual.



El explorador "Ventisquero" decidió calentar su habitación con un brasero.



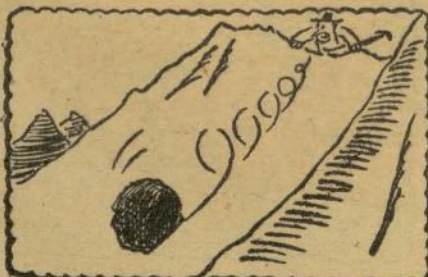
Aún así, se acostó con su ropa puesta y con el flexible hasta las cejas.



Su compañero "Agujetas" extrañó que al día siguiente no madrugase.



Y se decidió a trepar solo, a la altura que quería escalar.



Desde la cumbre desprendió una gran piedra que rodó montaña abajo.



Mientras, "Ventisquero" yacía en sopor mortal, por las emanaciones del brasero.



Pero aquella piedra vino a dar contra la ventana de su cuarto.

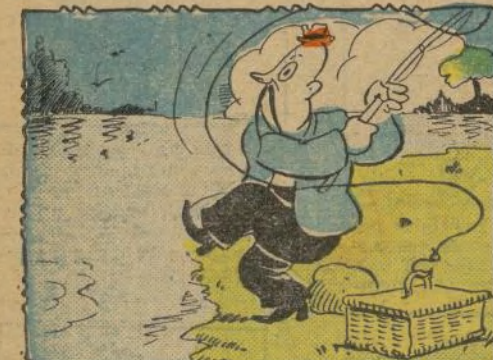


Abriéndola y salvando a nuestro explorador de una muerte cierta.

DON SEVERO AVENTURERO



Don Severo era amante de la pesca, por eso se iba los domingos a pescar truchas al Jarama, y se proveía



de una buena merienda. Aquel domingo la merienda era de esas que hacen pensar en el bicarbonato. Don



Severo, soñando con el atracón, tiró de la caña con fuerza, dispuesto a pescar, no una trucha, sino una ballena,



y tan grande fué el impulso, que el anzuelo enganchó a la cesta, y ésta, más la pesca y los aparejos, quedaron dentro del río,



A Bimbetito, cuando se le hinchaba la cabeza, se le metían en ella unas ideas más malas que un cólico de piedra berroqueña.

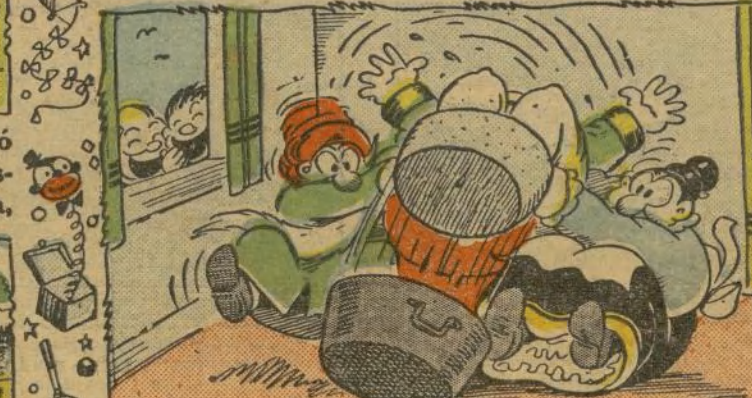
HAZAÑAS AL ALIMÓN DE



El pobre Terre-Moto seguía torturado por aquel maldito ataque de gota. Mamá Tecla leyó en un formulario que la gota se curaba con un baño de leche de ovejas, mezclado con miel y magnesia efervescente.



El capitán se durmió, efectivamente, soñando, como siempre, con cariño, en los pilluelos, mientras que éstos aprovechaban el momento de los ronquidos para añadir al baño una buena carga de cemento armado.



Por fin, y tras improbos esfuerzos, consiguieron despegar el molde de cemento del barreño y los tres personajes cayeron de espaldas, estando a punto de hundir la casa de los cabezazos que atizaron en el piso.

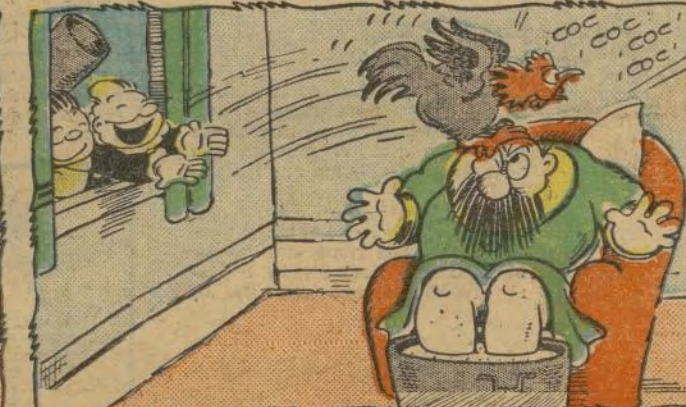


Y a Bimbetito se le metió en el "torrao" el comerse una manzana verde, cosa que su mamá se lo prohibió muy enérgicamente.

TARUGO Y PERDIGÓN



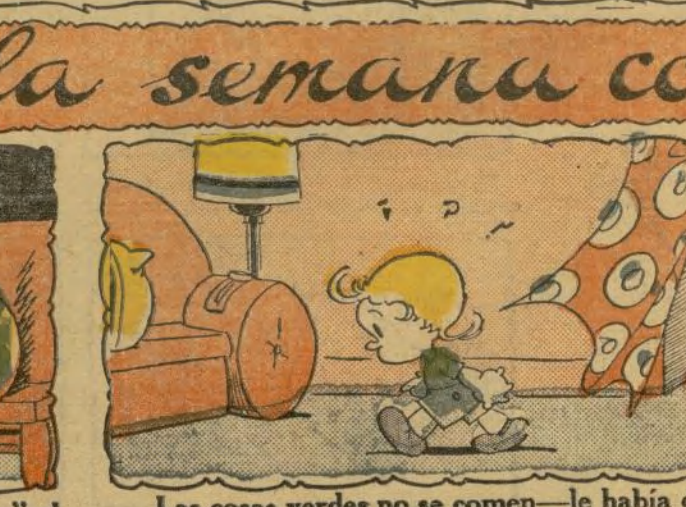
Para curar al capitán, mamá Tecla no vaciló en sacrificar la miel y la leche que reservaba para hacer unas exquisitas natillas, con el consiguiente despecho de los pilluelos, que veían evaporarse su plato favorito.



Cuando el barreño estuvo bien lleno de cemento, los pilluelos mandaron a Quiriquiri para que oficiase de despertador, y el gallito cumplió su misión, clavando las garras en el cráneo de Terre-Moto, como si fuera a ondularle.



La cosa se presentaba más fea que insultar a un padre. Terre-Moto no se explicaba aquello, pues no concebía que la miel y la leche se hubieran apelmazado de aquella manera, formando aquel pegote tan duro.

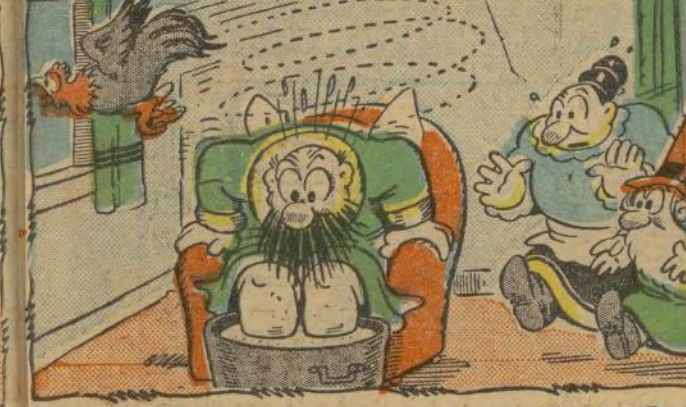


Las cosas verdes no se comen—le había dicho la mamá—, porque las cosas verdes dan dolor de tripas y perjudican a los riñones.

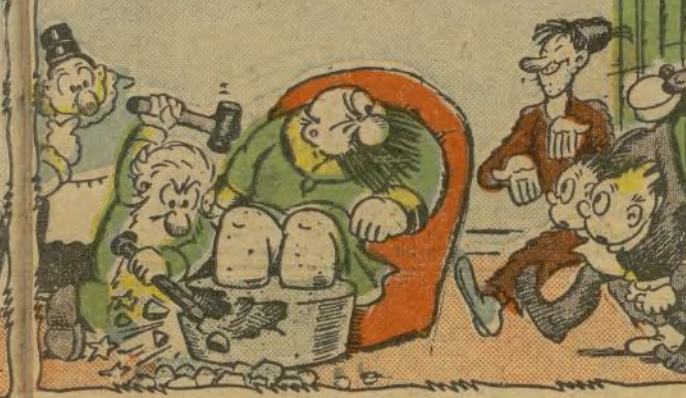
TERESA NINA TRAVIESA



Cuando el baño estuvo bien preparadito, Terre-Moto metió en él los pies en el momento que llegaba Barba-Cana. "¡Bah!"—rezongó le barbudo—; este baño no sirve para nada; se lo dice a ustedes un hombre con toda la barba.



Terre-Moto, indignado, se desprendió de Quiriquiri y trató de pegarle una patada con sangre, y al comprobar que no podía mover las piernas ni sacarla del barreño, comenzó a rugir, pidiendo auxilio a voces.



No hubo más remedio que ir rompiendo la masa a fuerza de golpes, y cuando Barba-Cana estaba entregado a esta operación, llegaron Pérez Oso y su criado trayendo a los pilluelos, que habían cantado la gallina.



Bimbetito se fué muy triste, rumiando su desesperación, porque él anhelaba el haberse comido una de aquellas hermosas manzanas.

TERESA NINA TRAVIESA



"No seas bestia"—rumió Terre-Moto—. "Sigo diciendo—prosiguió el barbudo—que lo más eficaz era ponerle las patas debajo de una pisonadora." "Vámonos—dijo mamá Tecla—; si se duerme, es señal de que se ha curado."



Mamá Tecla y el barbudo llegaron presurosos e intentaron con todas sus fuerzas sacar las piernas del capitán a la superficie, pero el cemento había surtido su efecto y las piernas no salían ni por las buenas.



Y libre, por fin, de aquel cepo maldito, Terre-Moto se curó la gota haciendo ejercicios violentos con los pies, según recomendación del sabio Pérez Oso, y para desdicha de los traviesos pilluelos. (Continuará.)



A todo esto, el perro Mendruguito aprovechaba un descuido para lanzarse sobre Laura, dispuesto a morderle el cuello.

TERESA NINA TRAVIESA



A Teresa los Reyes le habían traído una trompa y la "peque" se dedicaba a tocar el instrumento con el



misimo entusiasmo que uno de vosotros le "mete mano" al arroz con leche. Un vecino, a quien los ruidos de



la trompa le traían loco, echó un cubo de agua con la intención de escarmentar a la niña; pero ésta des-



cansaba en aquel instante, y el agua, tomando impulso, le puso al vecino como para que no volviese a meterse con Teresa.

Risa para la semana con "Laura" la charlatana



Y a Bimbetito se le metió en el "torrao" el comerse una manzana verde, cosa que su mamá se lo prohibió muy enérgicamente.



Las cosas verdes no se comen—le había dicho la mamá—, porque las cosas verdes dan dolor de tripas y perjudican a los riñones.



Bimbetito se fué muy triste, rumiando su desesperación, porque él anhelaba el haberse comido una de aquellas hermosas manzanas.



A todo esto, el perro Mendruguito aprovechaba un descuido para lanzarse sobre Laura, dispuesto a morderle el cuello.



Y Bimbetito intervino en tono de sabio: "Mendruguito, no puedes comerle a Laura, porque sus plumas son verdes y te dolerían la tipa"

Resumen de lo publicado.—Antonio es un huérfano a quien mantrata de continuo su tutor, el trapezista Bepo Recluido en su carro por orden de su tutor, oye un grito en la noche y sale a prestar auxilio.

COMPANEROS DE CIRCO



El grito había partido de junto a una de las tiendas de campaña, y Antonio, dirigiéndose hacia allá, encontró en el suelo a una niña que había tropezado contra una maroma. La criatura seguía llorando asustada cuando Antonio llegó a ayudarla.



"¿Qué te sucede, nena?", le preguntó. "Vamos, no ha sido nada, Lucy. Mira; ahí viene tu mamá. ¡Que no te oiga llorar!" La pequeña Lucy se calló instantáneamente porque sentía gran cariño hacia Antonio. "No ha sido nada", dijo éste a la mamá de la niña.



"Gracias, muchacho; eres muy bueno", le respondió la señora Jones; "no conozco de ti sino buenas acciones". Antonio se sonrojó por semejante elogio, y cuando la señora se alejó con su niña, él prosiguió su marcha hacia el circo.



Atisbando por la abertura, su corazón palpitaba viendo a los caballistas dando vueltas a la pista y haciendo sus equilibrios. Una voz le sacó de su abstracción: "¡Hola, muchacho!" Tomás se irguió y se volvió para mirar quién le hablaba.



Era el señor Smith, el propietario del circo, un hombre, a quien todos sus empleados apreciaban. "Estaba viendo la función, señor Smith", le dijo Antonio. "¡Oh, señor!; ¿no podría usted darme alguna ocupación en su circo? Trabajaré con todo afán".



"Lo tengo por seguro", respondió el señor Smith amablemente, "y te reservo ya una pequeña ocupación." En aquel preciso momento se presentó Lola. "Señor Smith, dijo, ¿podría usted atenderme un momento? Quería pedirle..."



Tomás no pudo oír más porque, con gran contrariedad suya, ambos interlocutores comenzaron a alejarse, dirigiéndose hacia los carros del campamento. "¡Qué mala suerte!", murmuró. "Tendré que esperar otro momento propicio para reiterar mi petición".

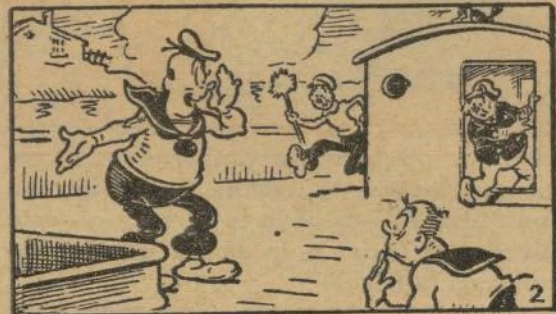


En un momento se desvanecieron sus esperanzas y sus sueños, y se quedó meditando en su desventura. Una voz áspera y displicente le trajo a la realidad. "¡Ya te enseñaré yo a desobedecerme otra vez, truhán!" Tomás vio ante sí a Bepo. (Continuará.)

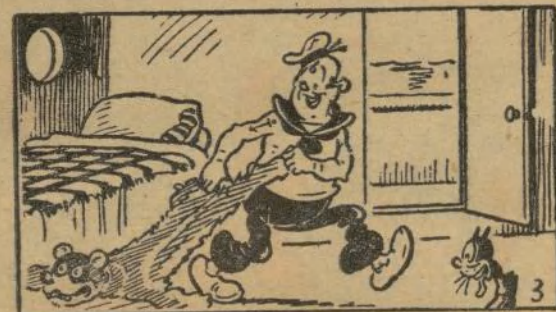
EL TRUQUE LE SALIO BIEN



El pobre "Cachalote", que se había enganchado en un barco para ver si en el mar "hacía" tanta hambre como en tierra, las pasaba negras para



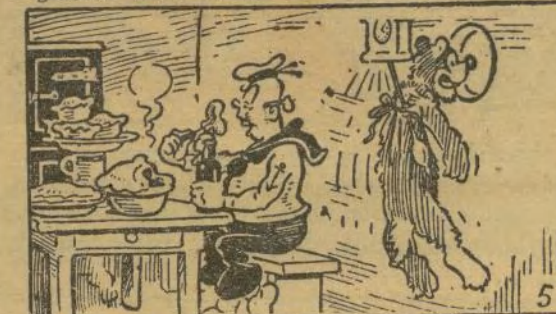
sacudir el apetito. Pero su ingenio era fecundo. En la bodega del barco venía enjaulado un oso fiero. "Cachalote" lo trasladó de vivienda a un ca-



jón bien cerrado, y después dió la voz de alarma diciendo que la alimaña se había escapado. La tripulación se alborotó y tomó sus medidas de

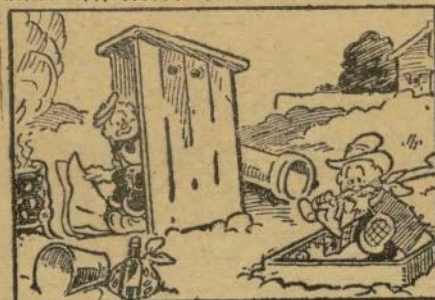


seguridad. Entre tanto, "Cachalote" cogía la piel de oso que había en la cámara del capitán, y colgándola hacía asomar su horrible cabeza por el

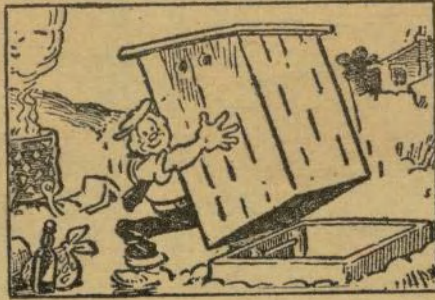


tragaluz de la cocina. La tripulación se agolpó a la puerta para atrancarla, y mientras tanto "Cachalote" pudo sacar la tripa de mal año.

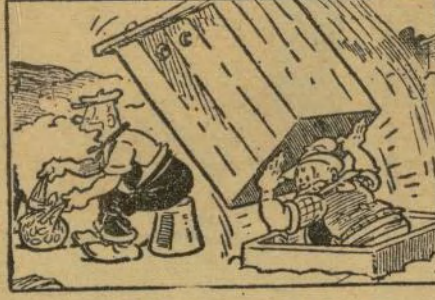
DE PILLO A PILLO



Antes de ponerse a almorzar, el "Polainas" tuvo que bajar a la alcantarilla para dar las últimas paletadas a la faena de la mañana, dejando, entre tan-



to, abandonado su almuerzo junto a la boca del pozo. El "Currutaco", que se ganaba la vida viendo trabajar a otros, decidió aprovecharse de la ocasión y

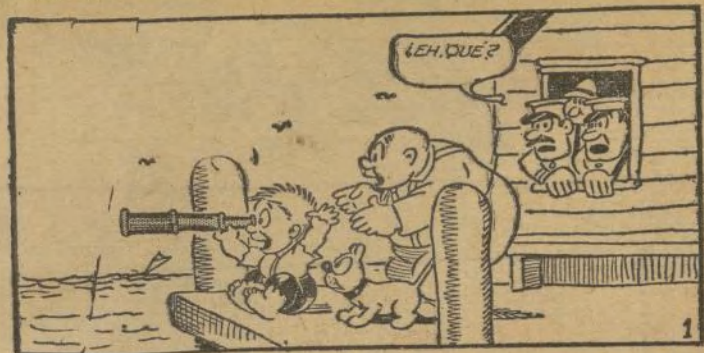


completar su suerte comiéndose la comida ajena. Para eso trasladó su garita y tapó con ella la boca del pozo. Pero el "Polainas", al encontrar aquel obstáculo



en su ascensión, ni corto ni perezoso levantó en vilo la garita, la volcó, atrapó dentro de ella al fresco de "Currutaco" y se sentó encima a comer en paz.

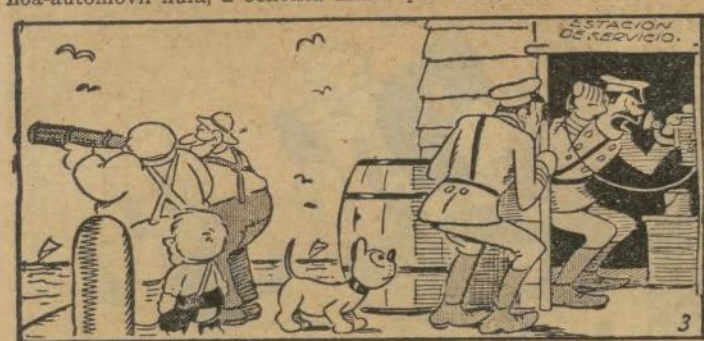
DON SIMPLÓN Y DINAMITA



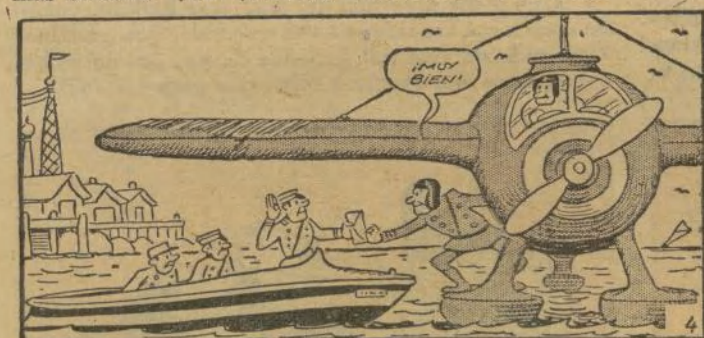
¿Qué has visto tú, cabezota?—preguntaron a una don Simplón y los heroicos policías al bestia del nene aquél, que enfocaba el catalejo—. “Al ‘ladón’ que te ha escapado”—respondió el nene.



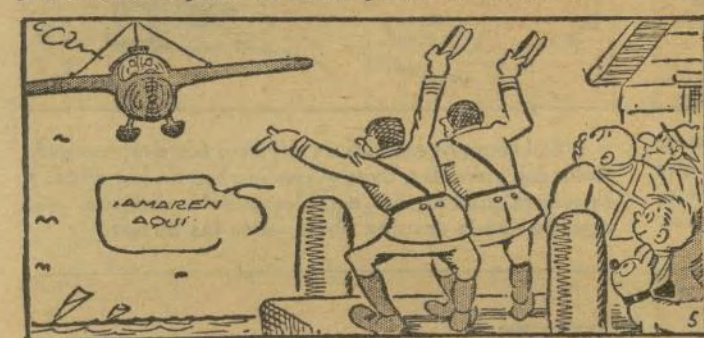
Los heroicos policías cogieron el antejo y pudieron confirmar que las palabras del bestia del nene eran ciertas. En una canoa-automóvil huía, a ochenta millas por hora, el infame bandido.



Sin perder un segundo, se precipitaron al teléfono los heroicos policías y pidieron comunicación con la base naval policiaca más cercana. “¡Eh! ¡Manden urgentemente un aeroplano!”



Una gasolinera de la próxima estación naval policiaca transmitió la orden a uno de los aviones de guardia, y éste partió raudo hacia el punto de donde pedían su auxilio.



A la vista del pájaro mecánico, los heroicos policías comenzaron a hacer señas agitando sus gorras e indicando el sitio donde convenía que el piloto amarasé para recogerlos.



Entre tanto, el bandido volaba en la rápida canoa de que se había apoderado, fumándose tan campante un aromático “matagintos” y bien ajeno al nublado que se le venía encima.

BAJO EL IMPERIO DEL TERROR

AVENTURAS DE UNOS MUCHACHOS EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO

CAPITULO XXVI

Acosados sin tregua

—Gracias, amigo—dijo Gerardo a su salvador; pero no necesito más que libertad. Dejame salir de aquí.

—Todavía no; es preciso que tengáis un poco de paciencia. Me temo que haya quien os siga los pasos. El hombre que os persigue desea muy cordialmente echaros la garra; yo le he oído ofrecer montones de oro al que os pesque, porque soy de la patrulla que os ha venido siguiendo. Fui de los encargados de perseguiros y ni un momento os he perdido de vista; así es que os atisbé cuando os escurristeis por el respiradero de la bodega. Por eso me apresuré a bajar también a ella de



parte a varias personas queridas que se hallarán en mortal angustia sin tener noticias de mí. Si al menos pudiera enviarles un recadito...

—¡Difícil es! La Policía esta noche lo vigila todo, temiendo un golpe de mano. Pero escribid cuatro palabras en un papelito, con gran prudencia, sin revelar el sitio en que estáis, y decidme adónde hay que llevarlas.

—Al huerto de un buen hombre que se llama Hilario y está en las afueras de la población, al extremo de este mismo barrio.

—Le conozco—respondió el sastre—y le conoce mi hijita, porque suele servirnos frutas y hortalizas. Ella llevará el billete.

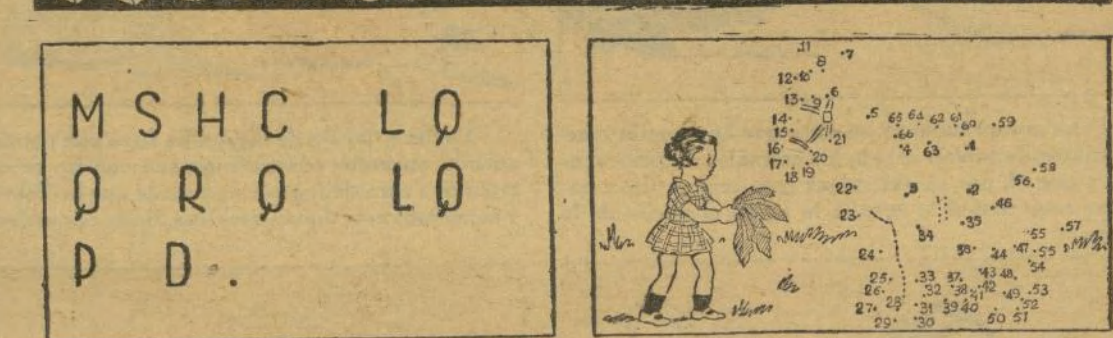


ullo refugio los sordos ecos de aquel bullicio que Gerardo había oído desde la bodega y que iba intensificándose por momentos. Era que aquella misma noche la Asamblea había de juzgar a Luis XVI, y las turbas pedían su cabeza. Los tres nuevos huéspedes del hotelano estaban aterrados, y para reanimarlos, aquel buen hombre fingía un ánimo y un optimismo que estaba muy lejos de sentir.

En esto se sintieron en la puerta de la casita golpes estrepitosos, y a poco entró un niño sudando y jadeante, que se lanzó como un pajarillo en brazos de su abuelo. En pocas palabras contó que su padre—yerno del tío Hilario—había sido dete-

nido por los guardias nacionales y conducido a la prisión. Poco después llegó igualmente fatigado otro nietecito algo mayor, que con más detalles contó el hecho y añadió que había querido seguir a su padre para ver dónde lo encarcelaban, pero que los soldados, a culatazos, le habían hecho retroceder. El tío Hilario recibió resignado tan crueles nuevas y todos comprendieron que en aquel refugio ya no estaban seguros... Finalmente llegó la niña enviada por Gerardo y entregó el papelito que le habían dado, y que decía: “Me siguen la pista, pero estoy en libertad. No puedo deciros dónde estoy, pero iré a veros tan pronto pueda.—Gerardo.” (Continuará.)

PASATIEMPOS



Colocad entre todas estas consonantes las vocales que faltan y completaréis un conocido refrán.

Unid por su orden los puntos del 1 al 66, y os encontraréis con un precioso dibujo.

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



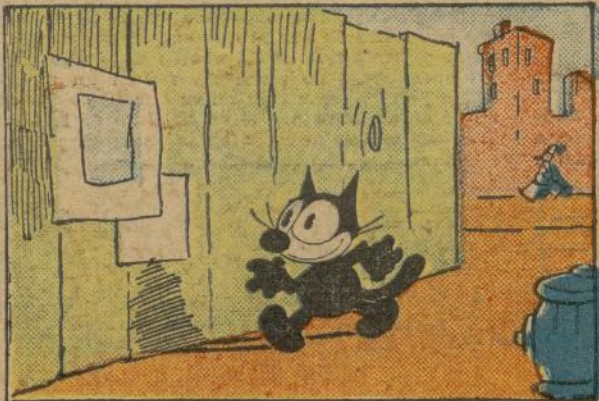
Escribid las iniciales de las cosas dibujadas, por el orden que se indica con números, y leeréis: “Frasculo”: que es la solución.

Aquí véis qué partes del dibujo hay que pintar de negro para que resulte la silueta de un payaso sentado.

ANDANAS DE GATO FELIX



Félix anduvo sin descanso por aquella tierra desconocida, deseando encontrar un lugar habitado, pues el hambre le apretaba más que un cinturón de goma, y no era cosa de comerse un árbol y beberse un arroyo.



Por fin llegó a una ciudad desconocida y comenzó a deambular por calles y plazas, en espera de que alguna persona caritativa se apiadase de su cara de gato y no perdiera en aquella aventura sus siete vidas.



! Pero pasaron las horas, los minutos y los segundos, y nadie se apiadaba del pobre Félix; entonces el aventurero pensó que era preciso pensar en algo, aunque fuese dar un atraco en el primer establecimiento que encontrara.



Sumido se hallaba en tan amargas reflexiones, cuando acertó a ver un establecimiento dedicado a la venta de pájaros y animales de todas las especies, y pensó, cuerdamente, que allí encontraría alimento para un gato.



Observando, observando, llegó al convencimiento de que el dueño de la tienda había salido, y, con paso firme y ánimo sereno, se coló en la tienda, no tardando en descubrir un paquete de hígado de avestruz, su plato favorito.



Y en plena digestión del hígado se hallaba, cuando sonó a sus espaldas una voz iracunda, que tronaba: "Por vida de cien mil ballenas de río, ¿cómo se ha colado aquí este vulgar y miserable gato casero?"



Félix comprendió al instante que en aquella tienda solamente tenían cabida los animales de pura sangre, y que él, por ser un vulgar gato casero, iba a pasárselas muy mal si le echaba la zarpa el dueño de la tienda.



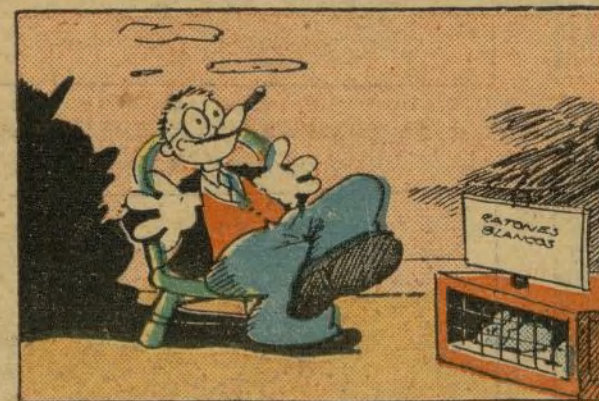
Ya iba a dar fin de él aquella fiera con pantalones, cuando apareció una parroquiana con un niño, que tenía una cara de tonto más grande que la Telefónica, y la parroquiana dijo querer una mascota para su niño.



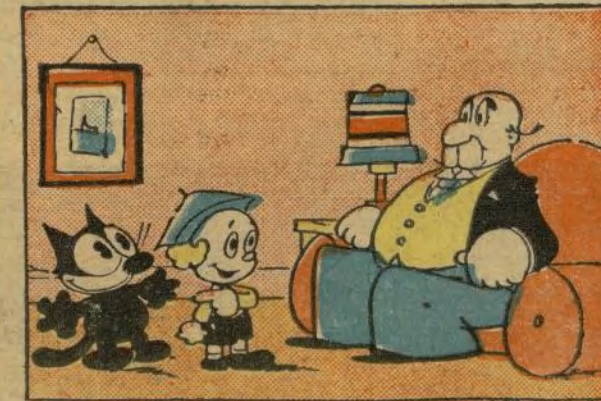
Y el cien por cien idiota del niño fué despreciando todos los animales, aves y avechuchos de la tienda, y la señora marchó del establecimiento diciendo que aquella tienda era una birria entre las birrias.



Y ya casi en la calle, el niño idiota cien por cien distinguió a Félix, que, desesperado, aguardaba la muerte, y dijo el niño, señalando al gato: "¡Qué bonito! ¡'Eto, eto, eto' es lo que yo 'quiero', mamaitina!"



Y la señora, que no negaba a su niño un capricho, pagó al dueño de la tienda cuanto éste le pidió por el gato, y el hombre se quedó feliz y sonriente por el negocio, entregando a la señora tres paquetes de hígado de avestruz.



El niño, contentísimo, llegó a su casa y corrió a besar en un ojo a su papá, enseñando, acto seguido, a su mascota. "No me gusta, hijo mío — dijo el padre —; este gato que traes es una porquería, tiradlo a la basura." ¿Qué pasaría?

(Continuara.)